

Leer, escribir: nostalgia del paraíso

Bernardo Ruiz

UN ESPÍRITU ÚNICO
Y UNA SENSIBILIDAD NUEVA

En principio, antes que iniciar con una cita o con un epígrafe –como se acostumbra en las modernas discusiones–, admitamos que, en México, la sociedad vive un maniqueísmo o una dualidad que rara vez considera objetivamente la presencia de sus artistas y creadores, su formación o los mecanismos para promoverlos. Y ya en la misma senda, se carece de puntos de referencia para calcular el verdadero valor que implican nuestros hombres de letras en la circunstancia nacional, y para las decisiones de la propia sociedad.

Acostumbrados desde la infancia al regalo del libro de texto gratuito y al casi total anonimato de sus autores (¿quién sabe de memoria cinco de esos nombres y su currícula o trayectoria?); en el dejar hacer de los dimes y diretes de la opinión pública, y satisfechos con las personalidades de las baladas, el deporte, la radio, el cine y la televisión –principalmente–; nos pensamos y sabemos cultos y enterados por recitar un poema de Neruo, el “No me mueve mi Dios para quererte...”, algunas estrofas del *Himno* y algunos fragmentos de la “Suave patria”.

No hay cultura general, sino una descentralizada localización de la trivia; en ella se incluyen, sí, a Octavio Paz junto con Raúl Velasco, el nombre de algún gobernador, los de algunos secretarios de Estado, dos o tres cifras estadísticas para el apantalle y la fecha del cumpleaños de la novia, de la esposa y los días feriados por venir, junto con los más amplios periodos vacacionales.

Carlos Monsiváis ha dedicado una vida a demostrar estos aspectos de nuestra ignorancia, y junto con ello nadie extraña que, además de los datos y las ideas, se esté perdiendo la capacidad de comunicación: desde la ortografía hasta la habilidad para escribir un párrafo.

Gracias a la crisis podemos contar hasta algunos cientos de millones de unidades numéricas; lo que deja de ser necesario con los nuevos pesos. Asimismo, con un vocabulario de trescientas a mil doscientas palabras podemos defendernos en la vida. Lo cual no es ningún orgullo: un perro tonto entiende veinte palabras, un perro listo, cincuenta. Resumiendo: una persona veinte veces más lista que un perro puede llegar a ser rica, poderosa y feliz.

Agreguemos a ello consuelos adicionales: en tiempos de inflación todos

sabemos términos monetarios. Durante las catástrofes, usamos un léxico de geólogos, meteorólogos o sismólogos. Mientras se aclara el panorama del posmodernismo y del nuevo orden o desorden mundial, según sea el caso, estrechamos algunos vacíos de nuestra geografía, y en tiempos de guerra diferenciamos a la perfección un scud de un patriot. Para estar al día basta con estar al día.

Sin embargo, paralela a esta cultura de crucigrama está la de quien, además de saber el nombre de su calle y el origen de su colonia, conoce por qué quienes tienen nombre de calle consiguieron tan dudosa distinción, o estar en la enciclopedia.

Todavía hay personas que pueden explicar muchos cómo y porqués de los fenómenos que a diario ocurren en el mundo, desde la congelación del agua o la dirección de los vientos hasta las hipótesis respecto a la deriva continental y la importancia del ADN en las células vivas.

Tal contraste, entre los enterados y los al día, puede servir como frontera de innumerables discusiones. Quien está solamente al día acostumbra tener unos espléndidos mecanismos de defen-

sa durante las discusiones a fondo, casi todos ellos basados en algún tipo de dogmatismo, o bien, en la descalificación automática del contrincante.

De esta manera, con escasos argumentos, con menos vocabulario y ante un panorama universal vertiginosamente cambiante, no debe escandalizarnos el reduccionismo o mínima proporción con que millones de años luz o dimensiones galácticas se reducen a costumbres de barrio o escenas conmovedoramente familiares.

Lo cual nos sitúa, ahora sí, en el epicentro del tema que nos ocupa respecto a los estímulos y recompensas para la creación literaria y a la investigación entre los jóvenes. Temas ambos dignos de preocupar a las familias más equilibradas, a los grupos de poder reconocidos, y a los educadores con mayor preocupación por el futuro de sus pupilos.

Reconozcamos un panorama común: el científico y el artista fueron arrojados desde hace dos siglos del paraíso de la edad industrial con el advenimiento de la máquina de vapor y la producción en serie. Ciertamente científicos e intelectuales, a partir del Renacimiento y la Enciclopedia, propiciaron tal desorden de cosas que la Revolución francesa con su igualdad, libertad y fraternidad acabó de trastocar. El colofón se escucha durante la guerra civil española, con el grito de “Muera la inteligencia”.

Sumemos a este hecho el que entre las profesiones liberales nunca estuvo la del hombre de ciencia, aunado al constante desprestigio de los científicos a través de la literatura: desde la novela romántica (*Frankenstein* de Mary Shelley) y *La piedra lunar* de Wilkie Collins hasta Stevenson, Conan Doyle y H. G. Wells (los doctores Jekyll, Challenger y Moreau, respectivamen-

te), entre otros, se encargaron de caricaturizarlos con todo éxito.

Y a la vez seamos francos, reconociendo que los escritores, escultores y pintores del siglo antepenúltimo, pasado y presente han procurado pocos o escasos nexos con la moral de sus respectivas épocas, en función de sus angustias y búsquedas existenciales, por decir lo menos. Así, ni fueron ni pretendían ser vidas ejemplares las de De Quincey, Potocki, Poe, Byron, Baudelaire, Joyce, Proust, Lawrence, Van Gogh, Lautrec, Modigliani, Rodin, Lowry, etcétera, por mencionar a algunos relevantes artistas.

Con esta perspectiva, es natural que las buenas familias o lo que queda de ellas no deban proponer como paradigma de la humanidad a seres tan proclives a la creatividad y el escándalo, para evitar más esqueletos en los closets de sus genealogías. Por otro lado, vidas como las de Kant o Montaigne, que no tienen la pasión de un Cellini, por aburridas y faltas de interés, son difíciles de proponer a las nuevas generaciones.

Así, las vidas de genio de la ciencia, del saber o la vida de artista son historias que deben evitarse para corromper a la juventud, y tan llenas de vaivenes —cuando se han dado— como las de *Don Neto* o Caro Quintero, aunque sin alcanzar las cuantiosas fortunas de éstos.

“Las penas con pan son menos”, afirma la pragmática popular, de manera que cabe comprender que uno prefiera tener un hijo crápula y desvergonzado, si es político o narco, porque arriesgan o aseguran su futuro inmediato definitivamente.

Cuando, por el contrario, si el hijo o hija son crápulas y desvergonzados, pero intelectuales o artistas, no alcanzarán un salario que rebase los mil dólares como profesores de la UNAM, por más doctorados que tengan. De mane-

ra que la familia deberá cargar con la pena de tener entre los de su apellido a un(a) pecador(a) profesional con todas las agravantes de la ley, además de las faltas a la moral.

Bienaventurados, entonces, aquellos padres que engendren a un Einstein, un Pasteur, un Canetti o un Gandhi. Aunque nadie puede garantizar el buen destino de su posterior descendencia.

Puedo intuir el argumento de aquellos que piensan en sus hijos como estrellas del deporte o de la farándula, y no caen en la cuenta de los pésimos ejemplos que Maradona o Madonna han puesto ante los ojos de nuestras criaturas, por no cifrar astros y vidas nacionales.

Hablando de tales cuestiones ¿hemos de confiar en lo que se nos dice de los próceres, de aquellos que nos abrieron los caminos de nuestra actual independencia y nacionalidad? De inmediato una voz se levantará para argumentar que sólo se cuenta aquello que se puede mencionar. A su lado, también habrá un apologista de sus actos y la discusión tomaría un cariz interminable, lo cual no es mi intención.

En síntesis, tanto quien piense que se debe estimular a la niñez y a la juventud en el estudio y la sabiduría, como quien sostenga lo contrario, se equivoca. ¿Qué podrían hacer los padres y los maestros ante diez, quince niños bien comidos y curiosos como Sor Juana o Isaac Newton? No puede haber pesadilla mayor para un director de escuela, facultad o instituto que tener en clase a siete u ocho Alfonsos Reyes sentados junto a cinco o seis Julios Torri u once o doce Ríos de la Loza y tres baroncitos de Humboldt. Francamente.

¿A dónde iría a parar este país si los jóvenes exigieran a sus padres un libro diario, lo leyeran y quisieran comentarlos con ellos? ¿Qué profesor, qué

educadora soportaría a semejantes monosabios? ¿Tolerarían nuestros vecinos del norte que en lugar del libro *per capita* que leen al año los mexicanos aumentara esta cifra a un ritmo de cien títulos anuales?

Imaginemos que a los 50 años la mayoría de los mexicanos hubieran leído, como promedio, 5 000 libros. ¿Seríamos un pueblo ignorante, explotado? ¿Con una perspectiva de vida semejante sería necesario invertir en educación cantidades estratosféricas?

Esta visión apocalíptica de los mexicanos no ocurrirá antes de cien años, si es que ha de suceder. Paciencia. Para que ocurra se debería pensar (y hablo en condicional) en un cambio de enfoque por parte de los pater familias y los educadores. Se piensa, por lo general, que se debe enseñar a los niños el amor por la lectura y recíprocamente se delega entre ambos. No se reconoce, aunque sería conveniente, que la lectura, como la televisión, como la Coca-Cola, tenga que ser un vicio, una adicción. No una tarea, sino un placer.

Habría, asimismo, que aceptar el principio de que no se tiene –necesariamente– a través de los grandes autores una formación moral, sino ética. Y que, a su vez, no interesa repetir ni tomar como ejemplo la vida de los autores de una gran obra, sino las ideas, visiones y planteamientos que puedan derivarse de la conversación y reflexiones que se tienen a partir de la obra misma.

La responsabilidad de nuestras generaciones adultas, la que está en nuestra cuenta con un saldo desfavorable, patético, radica en la imposibilidad para responder a las preguntas de los niños, de los jóvenes y entregarles como herencia un mundo al borde del colapso.

Las instituciones y la sociedad, lo sabemos, son cómplices de esta misión

suicida, donde las palabras educación, libertad, progreso son eco de una misma promesa, repetida, postergada, insatisfecha cotidianamente en una geografía cuyo deterioro y agotamiento responden a la ignorancia de nuestros abuelos y de nuestros padres, y ahora, de la nuestra. A ella hemos sumado nuestra indolencia, el temor a las urgentes soluciones.

Sin embargo, no podemos dejarnos aplastar por las circunstancias. El que no haya existido un proceso natural de formación de lectores en el país no es todavía, a estas alturas, una catástrofe.

Si consideramos que nuestra pirámide de población tiene verdaderamente un amplio grupo de niños y jóvenes en edad de aprendizaje, debemos comenzar por ahí, aunque con criterios coherentes.

Nada es más desesperante en municipios o regiones alejados de los centros de poder del país que encontrar únicamente como propuestas de ocio y de diversión o entretenimiento revistas, programas, películas que trasplantan crisis y problemas ajenos a las comunidades, en donde no se incluyen propuestas de universidad y/o la posibilidad de diferenciarse y distinguirse como individuos en la comprensión de sus dudas e inquietudes personales a través de la gran respuesta que es el libro.

De esta manera, no es extraño encontrar a jóvenes, hombres y mujeres que en las costas de Campeche, en la Huasteca potosina o en la sierra nayarita quieran buscar únicamente una solución a sus sentimientos, inquietudes o pensamientos casándose con “un rico o una rica” que cada semana nos lleven de paseo a Nueva York o a París.

Y no hay manera de distinguir, entonces, que la verdadera respuesta a la inquietud humana de persistir más allá de la muerte radica en explicarse cuál

es la vocación y destino de cada uno en el mundo. Tal solución se encuentra en una serie de textos de los que, a la larga, se puede extraer una principal enseñanza, que a su vez otros libros refuerzan: las únicas riquezas inagotables e incorruptibles son aquellas que se pueden compartir sin pérdida, sin deterioro, sin acabamiento.

La antigua idea sufi es muy sencilla: cada hombre debe aprender que lo único que en realidad posee es aquello que le quedaría después de un naufragio.

Enredados en la cultura donde el olvido y la represión de nuestros actos se consagra, el sentido de anulación es constante y nos devuelve una sociedad vacía cuya única conducta viene a ser la repetición sin límite de una serie de actos que en apariencia nos justifican: fiestas y reuniones que reproducen fiestas y reuniones anteriores, cursos y charlas y aun conciertos que son eco o imagen exacta de anteriores, y sobre los cuales no hay una reflexión, una conclusión o una propuesta que vaya más allá del propio acto para regenerar la vida, para abrir nuevos caminos, para superar viejos obstáculos.

Un ejemplo trágico sería la frase de Bart Simpson en la televisión cuando argumenta a sus padres o maestros que cómo quieren que recuerde algo ocurrido años atrás, si ya aprendió a olvidarse de lo que hizo ocho minutos antes.

Es ciertamente la repetición de un acto la que otorga el dominio, la maestría o el oficio en toda actividad. Aunque nos desespera que no haya una cosecha de frutos de manera inmediata en actividades que –como las capas geológicas de una montaña– deben sumarse como la lava, la constante lava, para hacer de una planicie una montaña.

De igual modo, nos azora el que, tras años de hablar y dirimir acerca de lo necesario que son la lectura y el cono-

cimiento, anhelamos resultados urgentes en un mundo complejo, donde lo que vale en verdad es la constante apuesta: el sumar un logro tras otro y demostrar su continua eficacia en la vida.

Citamos a los clásicos, aunque no recurrimos a los clásicos. Pensamos que solamente un libro de moda resume la respuesta de las antiguas inquietudes personales y humanas; cuando, en realidad, lo que debemos enseñar es que un libro conduce a otro, otro y otro, tal y como una persona a otra y otra nos agregan o limitan la percepción del universo que habitamos y pretendemos dominar.

Ciertamente, entonces, debemos propiciar pequeños grupos de lectura con una guía muy clara, en comunidades de todo tipo, entre grupos sociales de todo orden, considerando que –como una piedra en el estanque– el primer ciclo debe dedicarse a los problemas y a las inquietudes que más atañen a esos núcleos; así como más tarde, con la siguiente onda, se cubrirá una superficie más amplia, que en un acto repetido, sucesivo, alcanzará hasta el borde del estanque.

Las conclusiones son evidentes: se refieren en exclusiva a la tenacidad y al valor del contagio; a no ser tampoco tan ilusos como para pensar que aunque todo mundo es susceptible de subir a un avión o navegar por el mar, todos debemos navegar o a todos les gustará volar; pero hay que cuidar que la convocatoria a nadie ignore, a nadie desprecie.

Por ello el punto de partida debe ser el lenguaje, el lenguaje propio de cada grupo, de cada nivel social; por ello, asimismo, está en nuestro lenguaje, con nuestros autores, nuestros testigos, esa posibilidad, ese descubrir que *Pedro Páramo*, *La muerte tiene permiso* o *El luto humano* son parte de nuestras pa-

labras, de nuestras vidas, para ir llegando como tomados de las manos hasta *Final en laguna*, “Suave patria” o “Piedra de sol”.

Ya más tarde, será posible conectar la fantasía de las historias extraordinarias y el estremecimiento de *Drácula* con los mundos de la guerra del tiempo de “El Aleph” o el cielo y el infierno de Dante.

Nadie ignora la miseria, y a veces duele mucho contemplar la propia imagen en el espejo negro de las palabras, sola e inmensa en la pulcritud de la hoja blanca. Tal vez por ello es necesario buscar entonces compartir los espacios más bellos, y las instancias más perfectas, para realmente no dejarse confundir por los más sordidos aspectos de las cosas o de los hombres, que a diario acechan.

La verdadera lectura, finalmente, vendrá a ser la que enseñemos como algo semejante a la creación del mundo: la que por el verbo, la que por la palabra, comienza a distinguir, entre las formas del caos, el día y la noche, la luz de las estrellas y el sol, el brillo apacible de la luna, la que separa la tierra de las aguas y la que distingue al hombre del animal: la que le otorga y nos da el soplo vital, la vida y la esperanza.

Se repite el esquema: la ciudadanía discute con un gobierno a quien atañe la responsabilidad sobre estos actos y se olvida el papel del individuo, su fuerza y la respuestas. A cada quien nos corresponde actuar, día con día, con una meta semejante, ante hechos que no admiten dilación. Porque gobernantes y gobernados son lo mismo: individuos capaces de redimirse antes de que se cumpla su agonía.

Entonces, ¿cuál es el estímulo para la creación literaria?, ¿cuál su recompensa?, ¿cómo estimular y recompensar la investigación entre los jóvenes?

Sí, ¿qué estimula a unos tres mil escritores residentes en México a escribir? Por qué frente al panorama antes enunciado, algunos compiten por cuarenta premios, por otras tantas becas, que a ninguno alcanzan, y de todos modos siguen escribiendo y a la vez trabajan; o no compiten por estímulos ni recompensas y a veces no trabajan, mas escriben y buscan breves espacios para publicar, no por la paga que, aunque cueste trabajo escribir, nadie reconoce que en verdad sea un trabajo, un esfuerzo: estar ahí, durante el día, a lo largo de la noche, solo, sentado, frente al papel o la máquina o la pantalla en busca de palabras, de sueños, de ilusiones verdaderas, de argumentos para estar vivos, apostando; y la mujer lejos, los hijos dormidos, los amigos más lejos; o –si ella escribe– el novio o el marido en alguna parte, y el cuerpo que se enfría y se deshidrata, y la casa es un desorden, y falta el tiempo. A ella o a él que escriben les falta siempre tiempo, para recuperar las palabras, para devolverles su brillo y su fuerza original a las palabras, a las ideas su apuesta para que cambie el mundo; para volver a formular la manzana, ésta quizá más verdadera como un fruto de salvación.

Y que nuevamente un joven y una joven la prueben por curiosidad, y tengan miedo, y se miren como nunca antes se miraron. Y tengan deseo de lo inefable y nostalgia del paraíso. Y lo busquen. Ardiente, infatigablemente.

Ésa, no otra, será la recompensa del escritor. •

BERNARDO RUIZ fue fundador, como profesor-investigador, de la UAM, en su Unidad Azcapotzalco. Poeta, narador y traductor, entre sus libros destacan *Olvidar tu nombre* y *Los caminos del hotel*.

Publicado en enero de 1995.